ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

GÉNESIS

(CONTINUACIÓN)

Todos los demás unos, esto es, todas las formas posibles de la Naturaleza, nacen por el mismo procedimiento pitagórico de combinar cada forma consigo misma y con las demás; de elegir entre las infinitas formas dobles que resultan de la nueva clase de combinación, la combinación única, la que no tiene pareja, el *uno* pitagórico; y este nuevo *uno* así obtenido, esta nueva forma regular equilibrada y perfecta, esta especie distinta de todas las demás, combinándose consigo misma y con las demás, engendrará á otras muchas especies nuevas, otros muchos *unos* pitagóricos.

Es decir, que cada forma de la Naturaleza tiene un alma *sui generis* y un libre albedrío especial que necesariamente concluye por elegir la unidad, esto es, la perfección absoluta que está á su alcance.

Fácilmente se comprende que, dada la fecundidad del procedimiento combinatorio, el número y la complejidad de las combinaciones serán tales, que obscurezcan el proceso lógico, mecánico y geométrico de la génesis de todas las formas á un examen superficial.

Mas el criterio pitagórico es un guía tan seguro, tan infalible, que siguiéndole tenemos la absoluta seguridad de construir *à priori* todas las formas posibles, todos los *unos* pitagóricos imaginables, desde los cuer-

pos simples hasta el hombre, desde las formas regulares, equilibradas, bellas y perfectas de la Naturaleza, hasta las formas regulares, bellas y buenas del espacio metafísico, desde el primer uno hasta el último, si pudiera haber último.

Así, pues, si combinamos de todos los modos posibles los cinco poliedros regulares, en cada modo obtendremos infinitas parejas de formas irregulares conjugadas, y en medio de cada grupo de parejas una combinación regular sin pareja, única, perfecta.

Por consiguiente, todas las combinaciones regulares que imaginemos con dichos cinco poliedros, son *unos* pitagóricos, son combinaciones únicas, y por lo tanto, seres reales y positivos de la Naturaleza, de existencia indudable.

Por medio de esta experimentación geométrica, la única racional dirigida por el procedimiento pitagórico, conoceremos *à priori* todas las formas, diga lo que quiera Kant, el gran filósofo y gran paralogista.

Nosotros no vemos más que tres modos principales de combinar con regularidad los poliedros regulares:

1.° Por invaginación ó metimiento de unos poliedros dentro de otros, en posición de perfecto equilibrio, de donde nacen los meta elementos ó cuerpos simples elementales.

2.° Por adosamiento, ó sea, uniendo alrededor de un poliedro central por las caras, por las aristas ó por los vértices, tantos otros poliedros iguales al primero como sea posible; génesis de los que hoy llamamos cuerpos simples, y que en realidad son especies químicas en proporciones definidas y múltiplas, derivadas de los meta elementos.

3.° Por copulación, esto es, por coincidencia de centros de dos formas iguales ó conjugadas, y disposición simétrica y equilibrada de cada forma copulada respecto de la otra. Génesis de las especies vegetales, animales, y humanas.

Claro es que, en rigor, todos los procedimientos son de copulación, es decir, que son clases de copulación lo que indica que para la creación de nuevas formas es absolutamente precisa la fusión de sus respectivas almas, la coincidencia de los centros de figura en un mismo punto matemático inextenso. Esta es una de las primeras y principales leyes de la evolución que más adelante reseñaremos.

Copulando cada poliedro regular consigo mismo cuantas veces sea posible efectuarlo con regularidad, resultan nuevas y más perfectas figuras,

y como es consiguiente, de estructura, cada vez más compleja y más difícil de comprender.

Entendemos que este trabajo basta para llenar la vida de un hombre muy laborioso; por lo tanto, será forzoso que nos limitemos á un corto número de las figuras de cuya existencia estamos ciertos, y que el lector sepa que los huecos ó lagunas que advirtiere, son obras proyectadas por nosotros, y no ejecutadas todavía.

18.° UNO. El pentaoctaedro, combinación regular de cinco octaedros regulares iguales, poliedros cuyos 30 vértices exteriores coinciden con los 30 puntos medios de las 30 aristas de un dodecaedro ó de un icosaedro.

19.° UNO. EL DOBLE PENTAHEXAEDRO. — El pentahexaedro, combinación regular de cinco cubos iguales, poliedro cuyos vértices exteriores forman un dodecaedro regular.

El pentahexaedro no es un uno pitagórico, puesto que hay otra figura conjugada. Para ver ésta, téngase á la vista un pentahexaedro; fíjese la atención con preferencia en uno de los cinco cubos componentes, obsérvese que el grupo de los otros cuatro cubos, con relación á la cara del otro cubo que consideramos como fijo, puede colocarse de dos modos distintos, en dos direcciones perpendiculares entre sí.

Hay, pues, un pentahexaedro que podemos llamar dextrorsum, y otro pentahexaedro que podemos llamar sinistrorsum; y hay también un poliedro resultante de la copulación de ambos, la unidad de esta clase de cantidad. Este *uno* pitagórico, este doble pentahexaedro no nos ofrece la completa coincidencia que se advierte en el doble pentatetraedro de todos los vértices de las dos figuras copuladas.

Aquí coinciden los ocho vértices de un cubo del pentahexaedro sinistrorsum con los ocho vértices de un cubo del pentahexaedro dextrorsum; pero los doce vértices restantes del pentahexaedro dextrorsum no coinciden con los doce vértices restantes del pentahexaedro sinistrorsum. Resulta un poliedro de treinta y dos vértices exteriores, en que el trabajo genésico aparece más complejo, superior ó más diferenciado; esto es, una unidad superior á la década, de donde infiero que, ó los pitagóricos no llegaron á conocer estas figuras geométricas aunque estaban en el camino propio para descubrirlas, ó que al efectuar las combinaciones consigo mismas de las figuras de la década, del dodecaedro y demás ya conocidas, emprendieron otro rumbo distinto del mío.

Lo que desde luego tengo por indudable y cierto es que los pitagóri-

cos que habían llegado á las alturas geométricas de la década, debían conocer las combinaciones más sencillas ó elementales que engendran á los poliedros arquimédicos descritos por Pappus. Ó Arquímedes era un pitagórico sin saberlo, cosa probable dado su gran talento, ó conoció por algún pitagórico sus combinaciones poliédricas.

El doble pentahexaedro (no construído todavía) es en rigor una doble década ó agregado regular de veinte tetraedros regulares iguales, puesto que cada pentahexaedro, sea dextrorsum ó sinistrorsum, es á su vez una clase de década, esto es, un agregado regular de diez tetraedros regulares iguales.

Esto nos ofrece un ejemplo práctico de que las expresiones aritméticas ó analíticas son imágenes obscuras y deficientes de las cosas; son fotografías muy bien hechas, pero fotografías al fin, de los objetos de la naturaleza.

Para la aritmética, 2 multiplicado por 5 es lo mismo que 5 multiplicado por 2.

No sucede así para la geometría, la cual toma por unidad de volumen fundamental ó primera el tetraedro regular.

El número 2 es el betatetraedro, combinación regular de dos tetraedros regulares iguales, que tiene por forma envolvente el cubo.

El número 5 es el pentatetraedro, combinación regular de cinco tetraedros regulares iguales, que tiene por forma envolvente el dodecaedro.

Multiplicar 5 por 2 equivale á combinar el número 5, el pentatetraedro, consigo mismo, es decir, con otro pentatetraedro de sexualidad contraria, como si dijéramos el número 5 macho con el número 5 hembra; el resultado de esta multiplicación ó combinación por copulación, es la década pitagórica, la combinación regular de diez tetraedros regulares iguales, cuya forma exterior envolvente es el dodecaedro.

Pues bien; multiplicar 2 por 5 es una cosa completamente distinta, puesto que equivale á combinar el número 2, es decir, el cubo, cinco veces consigo mismo, ó lo que es lo mismo, á copular cinco cubos de donde resulta el pentahexaedro, que tiene también por forma envolvente el dodecaedro, pero que es completamente diferente de la década, puesto que viene á ser una primera envoltura de la década, siendo el dodecaedro la segunda envoltura común á la década y al pentahexaedro.

Es decir, que el número 10, el número perfectísimo de los pitagóricos, equivale siempre á la combinación armónica de diez unidades tetraedros;

pero esta combinación se puede hacer de dos modos: ó combinando dos grupos de cinco tetraedros y resulta la década pitagórica, ó combinando cinco grupos de dos tetraedros, en cuyo caso resulta el pentahexaedro, lo que yo llamé *mi década* mientras creí que los pitagóricos no la habían conocido.

Hoy estoy persuadido de que por este camino que yo sigo hay muchas pisadas de los pitagóricos; porque al descubrir el significado de la gran tetracthys, no es posible dudar.

Aquellos seiscientos geómetras guiados por Pitágoras poseyeron, sin duda, tantos y tales tesoros científicos, que ha de costar mucho trabajo su redescubrimiento; y cuando esto se haya logrado, se verá que la destrucción de la escuela pitagórica ha sido el más infausto acontecimiento en la vida de la humanidad, y la principal causa retardatriz de su progreso.

En general, podemos decir que la serie de los números y la serie de las formas de la naturaleza son dos series correspondientes, término á término, y que á la descomposición de un número en sus factores primos, corresponde la descomposición de la forma arquitectónica de un mineral, de un vegetal ó de un animal en las formas poliédricas, regulares, elementales, correspondientes á cada número primo.

18° UNO: La gran TETRACTHYS.

Presumo que sea la combinación regular de cuatro dodecaedros regulares iguales, de la cual resulta un poliedro de 80 vértices exteriores, coincidiendo los cuatro centros y colocando alrededor de un dodecaedro fijo los otros tres equidistantes, de suerte que cada vértice del dodecaedro fijo equidiste de los tres vértices análogos de los otros tres dodecaedros. Esta forma debió ser el límite á que llegaron los conocimientos geométricos de Pitágoras, puesto que el juramento de guardar secreto sobre la gran tetracthys, indica que este era el objeto de su mayor estimación.

Deduzco de esto que ignoraban quizás la existencia de otra combinación regular de seis dodecaedros regulares iguales, superior á la de cuatro dodecaedros.

La gran tetracthys es, geométricamente, la combinación de cuatro décadas, es decir, de cuatro grupos de diez tetraedros cada uno, ó sea de 40 tetraedros. Deduzco de aquí, considerando que son ramas del tronco pitagórico, así la ciencia cristiana como los trabajos de los alquimistas, y las especulaciones de gnósticos y kabalistas, que la baraja es la

expresión simbólica de la gran tetracthys; los cuatros palos ó dieces, son los cuatro grupos de diez tetraedros, y las combinaciones de la baraja la expresión simbólica y abreviada de todas las formas de la naturaleza.

Hay, pues, á mi juicio, entre las absurdas y aun estúpidas y disparatadas consecuencias deducidas de las cábalas hechas con las cartas, un fondo positivo de verdad, un profundo sentido geométrico, cuya filiación arranca de la gran tetracthys pitagórica, y del supuesto de que las sucesivas formas que nos ofrece la evolución son combinaciones cada vez más complejas de tetracthys.

La baraja es el símbolo imperfecto y prostituído de las grandes concepciones pitagóricas, de la gran doctrina de la evolución explicada geométricamente.

De nuestro propio procedimiento, que consiste en tomar la aritmética como guía para descubrir las formas geométricas regulares, deducimos que, así como hay dos décadas, habrá varias tetracthys: tantas como combinaciones de factores primos producen el número 40.

Habrá una gran tetracthys 20×2, la verdadera á nuestro juicio, la que es única, la que es *uno* pitagórico, la que resulta de combinar un grupo dextrorsum de veinte tetraedros, con otro grupo sinistrorsum de otros veinte tetraedros.

Habrá una tetracthys que resultará de combinar ocho pentatetraedros, esto es, de multiplicar 5 ocho veces.

Habrá otra tetracthys que quizás es la que los pitagóricos llamaban gran tetracthys, producto de multiplicar el número 10, la década cuatro veces, ó lo que es lo mismo, el resultado de copular con regularidad cuatro dodecaedros, puesto que el dodecaedro es la forma envolvente de la década.

Habrá otra tetracthys, otra combinación de 40 tetraedros, producto de 8×5, esto es, resultado de la copulación de cinco figuras, cada una compuesta de ocho tetraedros.

En resumen, el núm. 10 está representado geométricamente por una forma única ó sin pareja, la década pitagórica, resultado de copular un pentatetraedro dextrorsum con otro sinistrorsum. El núm. 20 está representado geométricamente por la copulación de un pentahexaedro dextrorsum (10 tetraedros) con otro pentahexaedro sinistrorsum (otros 10 tetraedros), forma también única, *uno* pitagórico.

El núm. 40 estará representado geométricamente por otra forma úni-

ca ó sin pareja, resultante de copular un grupo de dos décadas ó dodecaedros (20 tetraedros) con otro grupo de otras dos décadas (otros 20 tetraedros) ó lo que es lo mismo, resultante de copular un grupo de dos dodecaedros iguales copulados, de suerte que seis aristas del uno se corten perpendicularmente en el punto medio con otras seis aristas del otro dodecaedro, con otro grupo simétrico de otros dos dodecaedros de la misma suerte copulados.

El origen de nuestro sistema decimal de numeración no es arbitrario; arranca, sin duda alguna, del conocimiento de estos hechos geométricos. La ciencia secreta de los pitagóricos aconsejaba el sistema decimal como el más perfecto, y el sistema decimal fué adoptado. *Magister dixit;* y lo que dijo un maestro fué aceptado, porque cuando un maestro (esto es, uno que á la luz de los relámpagos de la intuición ve una unidad cualquiera desconocida para los demás hombres), llámese filósofo, geómetra, artista ó mago, afirma una verdad, hay que creerla, sin perjuicio de comprobarla y demostrarla, porque la fe en el maestro no debe impedir que ejercitemos la duda cartesiana, hasta que perfeccionando nuestro entendimiento, nos elevemos á su altura y lleguemos á saber tanto como él.

Resumiendo todo loexpuesto anteriormente, digo que, á mi entender, la substancia de la doctrina pitagórica consiste en afirmar que los números rigen el mundo, lo cual quiere decir que la evolución dentro del mundo inextenso ó invisible concluye por transformar lo inteligible, lo racional, en números, en expresiones analíticas, en formas inextensas matemáticas; y quiere decir también que al pasar del mundo inextenso al extenso, esto es, al convertirse lo racional en espacio y en tiempo, y al transformarse el espacio en el eter de los físicos modernos, los números se transforman en formas geométricas regulares, permaneciendo indisolublemente unidos á ellas, rigiéndolas, siendo su alma, es decir, que toda la naturaleza está sujeta á las leyes matemáticas, porque éstas representan en la cadena sin fin de la evolución, el eslabón que une y separa el mundo racional, inteligible, espiritual ó inextenso del mundo real, material ó extenso.

Estos *unos* pitagóricos, estas figuras geométricas son en rigor la continuación de la obra de Euclides, el cual, al poner á los cinco sólidos regulares como término de sus esfuerzos, trazaba con vigorosa mano el proceso de la evolución, y señalaba para lo porvenir el verdadero camino de la ciencia, la experimentación geométrica, única racional, en virtud de la cual, las combinaciones regulares posibles de los poliedros regulares

nos darán á conocer *à priori* todas las formas y todos los fenómenos de la naturaleza, de complejidad creciente indefinida.

El mundo, según la doctrina pitagórica revelada en parte por Platón y por Euclides, y después por la Iglesia católica, por los gnósticos, kabalistas y alquimistas, es una serie matemática de formas de perfección, cada una de las cuales es la manifestación en acto de todas las anteriores, y contiene en potencia á las posteriores; de suerte que transformándose lo inteligible inextenso en espacio (no vacío, sino lleno de ideas, *vivo*), y el espacio transformándose en átomos (más *vivos* todavía que el espacio mismo, si así puede decirse) y los átomos, combinándose en formas poliédricas, en minerales, en vegetales y en animales, en las cuales la vida se va manifestando con caracteres más visibles cada vez, es evidente que todo cuanto nos muestra la Naturaleza es transformación de lo inteligible, manifestación de lo racional, ideas en movimiento, cantidades que nos parecen cosas (como nos parece que el sol gira alrededor de la tierra) pero que no son más que ideas.

Los paralogismos kantianos nacen de no entender rectamente el idealismo transcendental de los pitagóricos, cuya expresión más aproximada á la verdad es la doctrina de Hegel.

Estudiemos, pues; volvamos al buen camino en mal hora abandonado sigamos estudiando la geometría de Euclides, la geometría del tetraedro regular, porque de ella se derivan todas las ciencias.

Para facilitar dicho estudio y como principio de él acompañamos dos láminas, por las cuales se viene en conocimiento de la génesis de una parte de las numerosas formas que directamente se derivan del tetraedro regular.

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA PRIMERA

Fig. 1.ª *a b c d e* pentágono cara del dodecaedro en que se hallan inscritos los poliedros pentatetraedro, pentahexaedro, pentaoctaedro y doble pentatetraedro ó decatetraedro.

Fig. 2.ª *Construcción de la plantilla para el pentatetraedro.*

Se construye un triángulo equilátero cuyo lado sea igual á dos veces el lado del pentágono *a b c d e* (fig. 1.ª) más la diagonal de este mismo pentágono, *b d*, por ejemplo, con lo cual se obtendrá el triángulo *A B C* (fig. 2.ª) Desde cada uno de los vértices *A*, *B* y *C*, y sobre las rectas que forman los lados del triángulo, se toma una vez la longitud del lado del pentágono *a b c d e* de la fig. 1.ª, obteniendo así los puntos *b*, *d*, *c′*, *e*, *a* y *c* que unidos el *d* con el *c′*, el *e* con el *b*, y el *a* con el *e* forman los triángulos equiláteros *B c b*, *C d c′* y *A e a*. Unidos entre si los puntos *b*, *d*, *c′*, *e* *a* y *c* se forman los triángulos también equiláteros *a b c′* y *d c e*, más las rectas *a d*, *b e* y *c c′* que unen entre si los vértices de estos dos triángulos, limitando las superficies *c′ p q r s*, *b p′ q′ r′ s′* y *a p″ q″ r″ s″* que están rayadas y son las caras del pentatetraedro.

Por tanto, los triángulos *a b c′* y *d c e* son caras de los tetraedros que forman el pentatetraedro.

En la fig. 1.ª puede verse el lado de estos triángulos, la recta *b a″* cuya longitud se obtiene del siguiente modo.

Con un radio igual al lado del pentágono *a b c d e* (fig. 1.ª), y haciendo centro en uno de los vértices, por ejemplo, en el vértice *d* se traza el arco de círculo *e e′* tomándose del mismo una longitud correspondiente á 48° y uniendo este punto *a″* con el extremo opuesto *b* de la diagonal que parte de *d*, la recta *b a″* es el lado de los triángulos *a b c′* y *c d e* de la fig. 2.ª y la arista de los tetraedros que forman el pentatetraedro.

Fig. 3.ª El desarrollo de cada uno de los 20 vértices que forman el pentatetraedro se consigue uniendo tres caras iguales á cualquiera de las rayadas en la fig. 2.ª y en la forma que se ve en la fig. 3.ª

Fig. 4.ª *Construcción de la plantilla del pentahexaedro.*

El lado del cuadrado *a d a d* (fig. 4.ª) es la diagonal del pentágono *a b c d e* (fig. 1.ª). Este cuadrado es la cara de los hexaedros que forman el pentahexaedro; por tanto, las diagonales de la cara del dodecaedro son las aristas del pentahexaedro.

En cada uno de los lados del cuadrado *a d a d* se sitúan los puntos *f g* determinados en la fig. 1.ª, por el encuentro de las diagonales *a c* y *e c* con la *b d*. Unanse estos puntos y los vértices del cuadrado según se representa en la fig. 4.ª, y se obtendrán las superficies *1, 2, 3* y *4* que se encuentran repetidas y rayadas en dicha fig. 4.ª, y son las distintas caras del pentahexaedro.

Fig. 5.ª El desarrollo de cada uno de los 20 vértices que forman el pentahexaedro se obtiene colocando unas á continuación de las otras las superficies *1, 2, 3* y *4*, según están dispuestas en la fig. 5.ª

Fig. 6.ª *Trazado de la plantilla para el pentaoctaedro.*

Previamente en la fig. 1.ª se unen los puntos medios de dos lados opuestos del pentágono *a b c d e*, con lo que tendremos la recta *h i*. También se unen los dos puntos medios de dos lados adyacentes y se tendrá la longitud *h j*.

Para construir el triángulo equilátero *j f j′* que se ve en la fig. 6.ª se toma como lado dos veces la longitud *h j*, mas una vez la *h i*. Luego desde los vértices *j, f* y *j′* y sobre los lados del triángulo se lleva una vez la longitud *h j*, obteniéndose asi los puntos *h* é *i* que se ven en los lados dichos. Unidos estos puntos según lo están en la fig. 6.ª, se limitan las superficies *n o h* y *n o i* iguales, que están rayadas y son las caras del pentaoctaedro.

Fig. 7.ª Para obtener el desarrollo de uno de los 30 vértices que forman el pentaoctaedro, se dispondrán cuatro caras del mismo, según se han obtenido en la fig. 6.ª, conforme se ve en la fig. 7.ª, uniendo siempre entre si los lados que tienen letras iguales.

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA SEGUNDA

Fig. 8.ª *Construcción de la plantilla para el doble pentatetraedro ó decatetraedro.*

Para este trazado se construye la fig. 2.ª (lám. 1.ª) como se hace para hallar la plantilla del pentatetraedro, y una vez concluida, se trazan las lineas *a q′, b q, c q″, c′ q″, d q′* y *e q*, que limitan, con las antes trazadas, las superficies rayadas, ó sean las caras del doble pentatetraedro.

Si se hace pasar una circunferencia por los puntos *a, b, c, c′, d* y *e*, las prolongaciones de las rectas *a q′, b q′, c q″, c′ q″, d q′* y *e q* al cortar á esta circunferencia en los puntos *f, g, h, i, j* y *k* limitan los arcos *d f, b g, e h, c′ i, a k* y *c j* iguales á los arcos *a e, d c′* y *c b* que como sabemos tienden cuerdas iguales al lado del pentágono *a b c d e* de la fig. 1.ª (lám. 1.ª) y que es la cara del dodecaedro en que se halla inscrito este cuerpo.

Por tanto, los puntos *n, o, n′, o′, n″* y *o″* en que se cortan las rectas *c′ j* y *b h, d k* y *e g, b h* y *a f, c i* y *d k, a f* y *c′ j*, y *e g* con la *c i*, al mismo tiempo que con los lados respectivos de los triángulos *a b c′* y *c d e*, son los puntos medios de esos lados.

Fig. 9.ª Para formar el desarrollo de una de las 12 estrellas pentagonales que forman el doble pentatetraedro se unen las superficies *1, 2* y *3* de la fig. 8.ª en la forma en que lo están en la fig. 9.ª. Las superficies *2* y *3* son iguales pero están invertidas. Las letras que se indican en la fig. 9.ª sirven para unir las 12 piezas que constituyen el desarrollo del doble pentatetraedro, haciendo que los lados de una pieza correspondan con los de otra coincidiendo las letras.

Por la recta *b d* de la cara *2*, que coincide con la *b a* hay que cortar el papel.

Arturo SORIA y MATA.



REENCARNACIÓN

(CONTINUACIÓN)

El tercer vehículo de conciencia, el cuerpo mental, es rarísima vez vivificado para una acción independiente sin la instrucción directa de un maestro, y su funcionamiento entonces pertenece á la vida del discípulo, en el estado actual de la evolución humana. Vuelve á ser ordenado para funcionar separadamente en el plano mental, para lo cual se requieren también experiencia y educación, á fin de que se halle por completo bajo el dominio de su dueño. Es un hecho — común, ciertamente, á estos tres vehículos de conciencia, pero que en los sutiles induce quizás más fácilmente á error que en el más denso, porque generalmente se olvida en los primeros, al paso que en el último es tan conspicuo, que siempre se hace presente — que estos vehículos están sujetos á la evolución, y que á medida que progresan, aumenta su capacidad para recibir y corresponder á las vibraciones. ¿Cuántos matices no percibe el ojo ejercitado que el no educado no ve? ¿Cuántos tonos no percibe el oído amaestrado, que se escapan al que no lo está, el cual oye sólo la nota fundamental? A medida que los sentidos físicos se aguzan, el mundo aparece más y más lleno; y en donde el campesino sólo ve su surco y su arado, la mente cultivada se fija en la flor del arbusto y del álamo temblón, en la arrebatadora melodía de la alondra y en el zumbido de alas diminutas en el vecino bosque; en los conejos corriendo á través de los entrelazados helechos, y en las ardillas jugueteando en las ramas de las ayas; en todos los graciosos movimientos de las cosas salvajes; en todos los fragantes aromas del campo y de la selva; en los esplendidos cambiantes del cielo matizado de nubes, y en las luces y sombras fugaces de

las colinas. Tanto el campesino como el hombre culto tienen ojos, ambos tienen cerebro, ¡pero con qué diferentes poderes de observación, con qué distintas facultades para recibir impresiones! Lo mismo sucede en otros mundos. Cuando los cuerpos astral y mental principian á funcionar como vehículos separados de conciencia, se encuentran, por decirlo así, en el grado de percepción del campesino, y sólo llegan á su conciencia fragmentos del mundo astral y mental con sus extraños y engañadores fenómenos; pero se desarrollan rápidamente, abarcando más y más, y aportando á la conciencia una reflexión cada vez más exacta de lo que les rodea. Aquí, como en todas partes, debemos tener presente que nuestro conocimiento no es el límite de los poderes de la Naturaleza, y que en el mundo astral y mental lo mismo que en el físico, somos aún niños que nos ocupamos en recoger conchas arrojadas por las olas, mientras que los tesoros ocultos del Océano permanecen inexplorados.

El desarrollo del cuerpo causal como vehículo de conciencia, sigue en tiempo oportuno al desarrollo del cuerpo mental, y presenta al hombre un estado de conciencia aún más maravilloso; retrocede hacia el pasado sin límites, y avanza hasta dentro de las eventualidades del porvenir. Entonces el Pensador no sólo adquiere la memoria de su propio pasado, pudiendo rastrear su propio desarrollo á través de la larga sucesión de sus vidas encarnadas y desencarnadas, sino que también se encuentra capaz de recorrer el pasado de la tierra, y aprender las grandes lecciones de la experiencia del mundo, estudiando las leyes ocultas que rigen la evolución y los profundos secretos de la vida, escondidos en el seno de la Naturaleza. En ese elevado vehículo de conciencia, puede acercarse á la velada Isis y levantar una punta de su tupido velo, y fijarse en sus ojos sin peligro de cegar ante sus miradas resplandecientes; y puede también ver en la luz que irradia las causas del sufrimiento humano y su término, sintiendo piedad en el corazón, mas ya no las torturas del dolor sin consuelo. La fuerza, la serenidad y la sabiduría vienen á aquéllos que usan del cuerpo causal como de vehículo de conciencia, y que contemplan con ojos abiertos la gloria de la Buena Ley.

Cuando se desarrolla el cuerpo búddhico como vehículo de conciencia, el hombre entra en la dicha de la unión, y conoce con certidumbre completa, con realidad vívida, su unidad con todo lo que es. Así como en el cuerpo causal, el elemento predominante de la conciencia es el conocimiento y por último la sabiduría, así el elemento predominante de la con-

ciencia en el cuerpo búddhico, es la felicidad y el amor. La serenidad de la sabiduría determina principalmente al primero, al paso que la compasión más tierna fluye de modo inextinguible del segundo; cuando á esto se añade la fuerza divina y reposada que caracteriza el funcionamiento de Âtmâ, entonces la Humanidad se corona con la divinidad, y el Dios-hombre se manifiesta en toda la plenitud de su poder, de su sabiduría y de su amor.

Al desarrollo apresurado sucesivo de los vehículos, no sigue inmediatamente la facultad de aportar á los vehículos inferiores toda la parte de conciencia de los superiores que aquéllos pueden percibir. En este punto difieren grandemente los individuos, según sus circunstancias y según obren, pues este apresuramiento en el desarrollo de los vehículos ocurre rara vez hasta que se alcanza el discipulado probatorio, y entonces los deberes que hay que cumplir dependen de las exigencias del tiempo. Al discípulo y hasta al aspirante al discipulado, se le enseña á poner sus facultades al servicio del mundo; y la participación de la conciencia inferior en el conocimiento de la superior, se determina principalmente por las necesidades de la obra en que el discípulo está ocupado. Es necesario que el discípulo pueda usar por completo de sus vehículos de conciencia en los planos superiores, en tanto que su obra solo haya de verificarse en ellos; pero el aportar el conocimiento de esta obra al vehículo físico, que no interviene para nada en ella, es asunto sin importancia, y el que pueda ó no hacerlo, se determina generalmente por el efecto que una ú otra circunstancia deba tener en la eficacia de su trabajo en el plano físico. La violencia que se hace al cuerpo físico cuando la conciencia superior le obliga á vibrar en consonancia con ella, es muy grande en el estado presente de la evolución; y á menos que las circunstancias externas sean muy favorables, tal violencia puede ocasionar desarreglos nerviosos y sensibilidad histérica con todas sus malas consecuencias. De aquí que la mayor parte de los que se hallan en posesión de vehículos superiores de conciencia desarrollados, y que al mismo tiempo deben verificar sus trabajos más importantes fuera del cuerpo, permanezcan apartados de los centros de población, para traer á la conciencia física el conocimiento que emplean en los planos superiores, preservando de este modo el vehículo físico sensitivo del uso grosero y del bullicio de la vida ordinaria.

Las preparaciones principales que hay que hacer para recibir en el vehículo físico las vibraciones de la conciencia superior son: su purificación de los materiales groseros por medio de un alimento puro y de una vida

pura; el dominío completo de las pasiones, y el cultivo de un carácter y una mente equilibrados, que no se afecten por el tumulto y las vicisitudes de la vida externa; la costumbre de la meditación tranquila sobre asuntos elevados, apartando el pensamiento de los objetos de los sentidos y de las imágenes mentales á que dan lugar, y fijándola en cosas superiores; el abandono de toda precipitación, especialmente de esa precipitación desasosegada y excitable de la mente, que mantiene al cerebro en constante trabajo, pasando de un asunto á otro; un amor real de las cosas del mundo superior, en cuya virtud se nos presenten con más actractivo que los objetos del bajo mundo, haciendo que la mente descanse satisfecha en su compañía, como en la del amigo más querido. En resumen, las preparaciones son muy semejantes á las requeridas para la separación consciente de «alma» y «cuerpo», las cuales he expuesto en otra parte como sigue el estudiante:

«Debe comenzar por una sobriedad extrema en todas las cosas, cultivando un estado mental uniforme y sereno; su vida debe ser limpia, y sus pensamientos puros, manteniendo su cuerpo estrictamente sujeto al alma, y acostumbrando su mente á ocuparse en temas nobles y elevados; debe practicar habitualmente la compasión, la simpatía, y el ayudar á los demás, mirando con indiferencia las penas y placeres propios, y cultivando el valor, la firmeza y la devoción. En una palabra: debe vivir la vida religiosa y ética de que la mayor parte de la gente tan sólo habla. Una vez que por la práctica asidua haya aprendido á dominar su mente hasta cierto punto, de modo que pueda mantenerla fija en una dirección determinada de pensamientos, debe empezar una educación más rígida de la misma por el ejercicio diario de concentración en algún asunto difícil ó abstracto, ó en algún objeto elevado de devoción; esta concentración significa el fijar la mente con firmeza en un solo punto, sin vagar ni dejarse arrastrar por las distracciones de los objetos externos, ni por la actividad de los sentidos, ni por la de la mente misma. Hay que sujetar á ésta de modo que se mantenga invariable y fija, hasta que se enseñe por grados á apartar su atención del mundo externo y del cuerpo, de manera que los sentidos permanezcan sosegados é inactivos, mientras ella está en plena actividad, con todas sus energías replegadas al interior, para ser encaminadas á un solo punto, el más elevado que pueda alcanzar el pensamiento. Cuando se sostenga en esta situación con facilidad relativa, está en aptitud de dar un paso más, y por un esfuerzo de la voluntad, potente pero reposado, es dueña de lanzarse por encima del más elevado pensamiento de que es capaz *con el instrumento del cerebro físico*, con lo que se elevará y unirá con la conciencia superior, viéndose libre del cuerpo. Cuando se llega á esto, no hay sentimiento alguno de sueño ni de ensueño, ni pérdida alguna de conciencia; el hombre se encuentra fuera del cuerpo, pero meramente como si hubiera arrojado de sí un pesado estorbo, y no como si hubiese perdido una parte de sí mismo; no está realmente «desencarnado», sino que se ha elevado por encima de la encarnación y del cuerpo grosero, 'en un cuerpo de luz' que obedece á sus más ligeros

pensamientos y le sirve de hermosísimo instrumento, perfecto é idóneo para ejecutar su voluntad. En este cuerpo se encuentra libre de los mundos sutiles; pero necesita ejercitar sus facultades por largo tiempo y con cuidado, hasta ser apto para verificar un trabajo útil en las nuevas condiciones.

La libertad fuera del cuerpo puede obtenerse de otras maneras: por un arrobamiento intenso de devoción, ó por sistemas especiales empleados por un gran maestro con sus discípulos. Cualquiera que sea el medio, el fin es el mismo: la liberación del alma en completa conciencia, pudiendo examinar su nuevo medio ambiente en regiones fuera del círculo de acción de la carne. A voluntad podrá volver al cuerpo; y en estas circunstancias le es dado imprimir en la mente cerebral, y retener así en la conciencia física, la memoria de las experiencias porque ha pasado (1).

Los que hayan comprendido bien las principales ideas bosquejadas en las anteriores páginas, verán que tales ideas son en sí mismas la mayor prueba de que la reencarnación es un hecho en la naturaleza. Es necesaria á fin de que la vasta evolución que implica la frase «la evolución del alma», pueda llevarse á efecto. La única alternativa — dejando á un lado por un momento la idea materialista de que el alma es sólo la agregación de vibraciones de una clase particular de materia física — es que cada alma sea una creación nueva hecha cuando nace el niño, é impresa con tendencias virtuosas ó viciosas, con habilidad ó con estupidez, impuestas por el capricho del poder creador. Como diría el mahometano, su destino pende de su cuello desde el instante de su nacimiento; pues el destino del hombre depende de su carácter y del medio en que vive, y cada nueva alma lanzada al mundo, tiene que ser condenada al sufrimiento ó á la dicha con arreglo á las circunstancias que la rodean y al carácter en ella ingerido. La predestinación en su forma más repulsiva, es la sola alternativa de la reencarnación. En lugar de considerar á los hombres evolucionando lentamente, de modo que el salvaje brutal de hoy, haya de lograr con el tiempo las nobles cualidades del santo y del héroe, apreciando de este modo al mundo como manifestación de un proceso de desenvolvimiento sabiamente concebido y dirigido, nos veríamos obligados á ver en todo ello un caos de seres sencientes tratados con la mayor injusticia: sentenciados á la dicha ó á la miseria, al conocimiento ó á la ignorancia, á la virtud ó al vicio, á la riqueza ó á la pobreza, al genio ó al idiotismo, por una voluntad externa, arbitraria, no inspirada en la justicia ni en la misericordia: sería todo un verdadero pandemonium irracional y sin sen-

---

(1) «Condiciones del Alma después de la Muerte», *Nineteenth Century*, Noviembre 1896.

tido. Y este caos se supone ser la parte superior del cosmos, en cuyas regiones inferiores se manifiestan todas las hermosísimas y ordenadas obras de una ley que siempre desenvuelve formas más complejas y elevadas de las más ínfimas y sencillas, de una ley que de modo conspicuo «tiende siempre á la justicia», á la armonía y á la belleza.

Si se admite que el Alma del salvaje está destinada á vivir y á desarrollarse, y que no está condenado por toda la eternidad á su presente estado infantil, sino que su evolución se verificará después de la muerte y en otros mundos, entonces se admite el principio de la evolución del Alma, y sólo queda la cuestión del sitio donde tiene lugar. Si todas las Almas estuviesen en la tierra en el mismo grado de progreso, mucho pudiera decirse sobre el punto de que se necesitan otros mundos para la evolución de las Almas en los grados superiores al estado infantil. Pero nos vemos rodeados de Almas muy avanzadas y que han nacido con nobles cualidades mentales y morales. Por paridad de razonamiento, tenemos que suponer que han evolucionado en otros mundos antes de su único nacimiento en éste, y entonces habría de sorprendernos el que un mundo que presenta condiciones á propósito, así para las Almas que se encuentran en la infancia, como para las más avanzadas, sólo esté destinado á una sola visita pasajera de aquéllas durante el período inmenso de su desarrollo, y que todo el resto de la evolución haya de verificarse en mundos semejantes á éste, é igualmente aptos para proporcionarlas la diversidad de condiciones necesarias para su progreso en sus diferentes etapas, tal como las vemos cuando nacen aquí. La antigua Sabiduría enseña, á la verdad, que el Alma progresa á través de muchos mundos; pero también enseña que nace en cada uno de ellos una y otra y otra vez, hasta que ha completado toda la evolución posible en aquel mundo. Los mundos mismos, según sus enseñanzas, forman una cadena evolutiva, y cada uno tiene su papel propio, como campo adecuado de determinado desarrollo. Nuestro mismo mundo ofrece un campo propio para la evolución de los reinos mineral, vegetal, animal y humano, y por tanto, tiene lugar en él la reencarnación colectiva ó individual en todos estos reinos. Ciertamente, una evolución más vasta nos espera en otros mundos; pero conforme al orden divino, no se abren ante nuestra mirada hasta que no hayamos aprendido y dominado las lecciones que nuestro propio mundo tiene que enseñar.

(Se concluirá.) ANNIE BESANT.

Incidentes de la vida del Conde de San Germán.

(CONTINUACIÓN)

Nos hallábamos en mi casa, que entonces era lo que en Versalles se llamaba una serie de habitaciones, cuando uno de los pajes de la Reina vino á pedirme de parte de S. M. el segundo volumen de un libro que me había encargado le trajese de París. Esta era la señal convenida. Dí al paje un volumen de una novela nueva, no sé cuál, y tan pronto como se marchó, seguí tras él acompañada de mi lacayo.

Entramos atravesando las galerías; Mad. de Misery nos condujo á la habitación particular donde la Reina nos esperaba. Ésta se levantó con dignidad afable.

— Señor conde — dijo dirigiéndose á San Germán. — Versalles es un lugar que debe seros familiar.

— Señora, cerca de veinte años estuve en la intimidad del difunto Rey; él se dignaba escucharme bondadosamente; utilizó mi pobre habilidad en diferentes ocasiones, y creo que nunca se arrepintió de haberme otorgado su confianza.

— Habéis querido serme presentado por Mad. d'Adhemar, á quien profeso gran afecto, y no dudo que lo que tengáis que decir me valga la pena de ser oído.

— La Reina — contestó el conde con voz solemne — pesará en su sabiduría lo que voy á confiarle. El partido enciclopedista desea el poder; esto sólo lo obtendrá por la caída del clero, y para asegurar tal resultado, quieren echar por tierra la monarquía. Este partido, que busca un jefe entre los miembros de la familia real, ha vuelto sus ojos hacia el duque de Chartres; el príncipe se hará instrumento de hombres que lo sacrificarán así que haya dejado de serles útil; le ofrecerán la corona de Francia, y encontrará el patíbulo en lugar del trono. Pero antes de que llegue este día de retribución, ¡cuántas crueldades, cuántos crímenes! Las leyes ya no servirán de protección á los buenos y de terror á los malvados. Los últimos serán dueños del poder, que cogerán con sus ensangrentadas manos; abolirán la religión católica, la nobleza, la magistratura.

— ¡De modo que no quedará más que la monarquía! — interrumpió la Reina con impaciencia.

— ¡Ni aun siquiera la monarquía!... sino una república insaciable, cuyo cetro será el hacha del verdugo.

Ante semejantes palabras no pude contenerme, y asumiendo la responsabilidad de interrumpir al conde en presencia de la Reina:

— Caballero — exclamé: — ¿sabéis lo que estáis diciendo, y en presencia de quién habláis?

— En verdad — añadió María Antonieta un poco agitada; — estas son cosas á las que mis oídos no están acostumbrados.

— Y la misma gravedad de las circunstancias es lo que me hace ser tan temerario — replicó friamente el conde de San Germán. — No he venido con la intención de rendir un homenaje á la Reina, de los cuales debe estar cansada, sino verdaderamente á señalarle los peligros que amenazan su corona, si no se toman prontas medidas para evitarlos.

— Sois positivo, caballero — dijo María Antonieta con petulancia.

— Siento muchísimo disgustar á V. M., pero sólo puedo decir la verdad.

— Caballero—replicó la Reina afectando hilaridad; — lo verdadero puede, quizás, á veces no ser probable.

— Admito, señora, que éste sea uno de esos casos; pero V. M. me permitirá á mi vez recordarle que Casandra predijo la ruina de Troya, y que no fué creída. Yo soy Casandra; la Francia, el reino de Priamo. Aún pasarán algunos años en engañosa calma; luego de todas partes del reino surgirán hombres ansiosos de venganza, de poder y de dinero; todo lo derribarán en su camino. El populacho sedicioso y algunos grandes miembros del Estado los apoyarán; un espíritu de delirio se apoderará de los ciudadanos; estallará la guerra civil con todos sus horrores, y traerá consigo el asesinato, el pillaje y el destierro. Entonces se sentirá no haberme escuchado; quizá se me necesite otra vez, pero ya no será tiempo... la tempestad lo habrá barrido todo.

— Confieso, caballero, que ese discurso me admira más y más; y si no supiese que el difunto Rey os tenía afecto, y que le habéis servido fielmente... pero ¿deseais hablar al Rey?

— Sí, señora.

— ¿Pero sin la presencia de M. de Maurepas?

— Es mi enemigo; además le coloco entre aquellos que contribuirán á la ruina del Reino, no por dolo, sino por incapacidad.

—Sois un juez severo para el hombre que tiene la aprobación de la mayor parte.

—Él es más que primer ministro, señora, y por esta causa está seguro de tener aduladores.

—Si le dais de lado en vuestras relaciones con el Rey, me temo que va á ser difícil que veais á S. M., el cual no puede obrar sin su principal consejero.

—Me hallo á las órdenes de SS. MM. siempre que quieran usar de mí; pero como no soy su súbdito, toda obediencia de mi parte es un acto gratuito.

—Caballero—dijo la Reina, la cual en esta época no podía tratar nada mucho tiempo seriamente: ¿en dónde habéis nacido?

—En Jerusalén, señora.

—¿Y esto fué... cuándo?

—La Reina me permitirá tener una debilidad común á muchas personas. No me gusta nunca decir mi edad, esto trae mala suerte.

—Pues en cuanto á mí, el Almanaque real no me permite hacerme ilusiones respecto de la mía. Adiós, caballero; la resolución del Rey os será comunicada.»

Esto era una despedida; nos retiramos, y al volver á casa conmigo, me dijo el conde de San Germán:

—Yo también voy á dejaros, señora, y por largo tiempo; pues me propongo no permànecer en Francia más de cuatro días.»

—¿Qué os hace partir tan pronto?

—La Reina repetirá al Rey lo que le he dicho; Luis XVI lo referirá á su vez á M. de Maurepas; este Ministro dará orden de prenderme, y el jefe de policía se dispondrá á ejecutarla. Sé cómo se hacen estas cosas y no tengo deseos de ir á la Bastilla.

—¿Y qué os importa? ¡Saldríais por el agujero de la llave!

—Prefiero no recurrir á los milagros. Adiós, señora.

—¿Pero si el Rey os llamase?

—Volveré.

—¿Y cómo lo sabréis?

—Tengo medios para ello; no os preocupéis de eso.

—Mientras tanto, yo me veré comprometida.

—No tal; adiós.

Partió tan pronto se hubo quitado mi librea. Me quedé muy disgus-

tada. Yo había dicho á la Reina que á fin de ejecutar mejor sus deseos, no abandonaría el Chateau. . . Dos horas después Mad. de Misery vino á buscarme de parte de S. M. No auguré nada bueno de tanta diligencia. Encontré al Rey con María Antonieta. Esta parecía confusa; Luis XVI, en cambio, se adelantó á mi encuentro de un modo franco, y me tomó la mano, que besó con infinita gracia, pues tenía maneras encantadoras siempre que quería.

—Mad. d'Adhemar —me dijo: —¿qué habéis hecho de vuestro hechicero?

—¿El conde de San Germán, Sire? Ha marchado á París.

—Ha alarmado seriamente á la Reina. ¿Había hablado antes con vos de lo mismo?

—No con tantos detalles.

—No os tengo por ello mala voluntad, ni tampoco la Reina, pues vuestras intenciones son buenas; pero censuro á ese extranjero por atreverse á predecirnos tantas desgracias como no ocurrirán en un siglo en los cuatro extremos del mundo. Sobre todo, no tiene razón en ocultarse del conde de Maurepas, que sabe dejar á un lado sus enemistades personales, si fuese necesario para los intereses de la Monarquía. Hablaré con él del asunto, y si me aconseja que vea á San Germán, no me negaré á ello. Se le atribuye inteligencia y habilidad; á mi abuelo le gustaba su compañía; pero antes de concederle una conferencia, deseo tranquilizaros acerca de las consecuencias posibles de la nueva aparición de este personaje misterioso. Suceda lo que quiera, estaréis libre de toda responsabilidad.

Mis ojos se llenaron de lágrimas ante esta prueba manifiesta de la bondad de SS. MM.; pues la Reina me habló tan afectuosamente como el Rey. Volví á mi casa más tranquila, pero irritada, sin embargo, por el giro que había tomado este asunto, é interiormente me congratulaba de que el conde de San Germán hubiese previsto todo.

Dos horas después me encontraba aún en mi habitación, cuando llamaron á la puerta de mi modesta morada. Oí una conmoción poco usual, y casi inmediatamente se abrió la puerta de par en par, y anunciaron á monseñor el conde de Maurepas. Me levanté á recibirle con más diligencia, si cabe, que si hubiese sido el Rey de Francia. Adelantóse con rostro sonriente.

—Perdonadme, señora —dijo— por lo poco ceremonioso de mi visita;

pero tengo que haceros algunas preguntas, y la buena educación exigía que viniese á veros.

Los cortesanos de la época usaban de una cortesía exquisita con las mujeres, lo cual no se ha vuelto á ver en su pureza después de la tempestad que echó todo por tierra. Contesté á M. de Maurepas como era el caso hacerlo, y terminados estos preliminares:

Bien — me dijo — «nuestro antiguo amigo el conde de San Germán está de vuelta... Ha comenzado de nuevo sus antiguas tretas y su charlatanería.

Quise explicarle, pero interrumpiéndome con un gesto de ruego, añadió:

— Creedme; conozco á ese pícaro mejor que vos, señora. Una sola cosa me sorprende; los años no me han perdonado á mí, y la Reina declara que el conde de San Germán tenía el aspecto de un hombre de cuarenta años. Como quiera que esto sea, tenemos que saber de dónde ha sacado esos informes tan circunstanciados, tan alarmantes... Apostaría á que no os dió su dirección.

— No, señor conde.

— Ya se descubrirá; los sabuesos de nuestra policía tienen un olfato sutil. Por otra parte, el Rey os agradece vuestro celo. Nada de malo sucederá á San Germán, sino el ser encerrado en la Bastilla, en donde tendrá buen alimento y estará bien caliente, hasta que se decida á declararnos en dónde ha sabido tantas cosas curiosas.

En este momento nos llamó la atención el ruido que la puerta de mi cuarto hizo al abrirse... ¡Era el conde de San Germán que entraba! Se me escapó un grito; M. de Maurepas se levantó precipitadamente, con semblante algo demudado; y el taumaturgo, aproximándose á él, dijo:

— Señor conde de Maurepas, el Rey os llamó para que le dierais buenos consejos, y vos no pensáis más que en mantener vuestra autoridad. Oponiéndoos á que yo vea al Monarca estáis perdiendo la Monarquía; pues sólo tengo un tiempo limitado que destinar á Francia, terminado el cual, no se me volverá á ver aquí, sino después que hayan desaparecido tres generaciones consecutivas. Dije á la Reina todo lo que me era permitido decirle; mis revelaciones al Rey hubieran sido más completas; es una desgracia que os hayáis interpuesto entre S. M. y yo. No tendré nada de que reprocharme cuando una horrible anarquía devaste á Francia. Tales calamidades no las veréis vos, pero el haberlas preparado,

será bastante para vuestra memoria. . . No esperéis homenaje alguno de la posteridad; ¡ministro frívolo é incapaz, seréis clasificado entre los causantes de la ruina de los imperios!

Esto dicho sin tomar aliento, se dirigió á la puerta por donde había entrado, y desapareció, cerrándola tras sí.

. . . .

Todos los esfuerzos que se hicieron para encontrar al conde, fueron inútiles.

ISABEL COOPER-OAKLEY



ANNIE BESANT EN FRANCIA

AUNQUE resulte bastante tardío para algunos de nuestros lectores que carezcan de otro medio de información que esta Revista, darles cuenta ó indicación ligera acerca del éxito incuestionable que ha acompañado á la infatigable propagandista de la transcendental filosofía teosófica, en la hermosa exposición que de ella hizo precisamente en uno de los baluartes más firmes del positivismo moderno, discúlpenos ante ellos la tardanza en haber recibido el número del *Lotus Bleu,* donte se inserta el extracto de estas conferencias, y la inherente al reparto mensual de nuestra Revista.

La estancia de Annie Besant en Francia, tan ardientemente esperada por los devotos hermanos de las diversas ramas francesas de la Sociedad Teosófica, si les ha sido fructuosa por las luminosas ideas y sabias disertaciones privadas con que pudiera haber influído sobre sus mentes y conducta personal huésped tan meritorio, y por la insinuante sugestión que acarrea la oratoria mágica y simpático continente de personalidad tan valiosa, no menor influjo ejerció, evidentemente en el ánimo de cuantos eruditos distinguidos, filósofos, profesores, literatos, médicos, sacerdotes y representantes del mundo oficial, formaron, en diferentes ocasiones, el respetable e ilustre auditorio que se congregó en torno de la conferenciante.

Suspenso quedó este selecto público de la exposición magistral de sublimes ideas, interrumpida en diversas ocasiones por muestras de aprobación cada vez más unánimes, é intensamente se halló sorprendido, sin

saber qué admirar más, si la precisión y pasmosa claridad con que diserta en París, «sobre la aplicación de los principios de la Teosofía á los problemas de la vida», ó la belleza de la forma, poética expresión y majestuoso acento de que revistió su fraseología, tanto en esa capital, como en Marsella, Niza y Toulon, y motivó las salvas prolongadas de aplausos, cual testimonio fehaciente del efecto prodigioso de sus palabras.

El *Lotus Bleu* solamente da relación exacta del discurso que Annie Besant pronunció en París el 15 de Diciembre de 1897, y cuyo tema hemos expuesto más arriba.

En brevísimo extracto trazaremos el asunto fundamental de esta brillante disertación, cuya exacta estenografía sería, según el cronista relata, débil y pálido reflejo de los conceptos emitidos, al faltarles las inflexiones sublimes del armonioso acento que los vivificaba, cual eco y repercusión vibratorios de las sutiles fuerzas de esferas superiores.

Después de sentar que los tres órdenes de ideas representados por la religión, la filosofía y la ciencia, corresponden á la centella divina, que es el espíritu, al alma múltiple que exterioriza la inteligencia y al cuerpo físico humano, y que la Teosofía comprende y resuelve el conjunto de los problemas que abarcan aquellos tres factores con respecto al enigma del universo, bajo sus múltiples aspectos, se concretó á razonar el influjo que tienen en la vida práctica de la humanidad estos tres conceptos, considerados bajo el punto de vista teosófico.

Desarrolló el primer punto, manteniendo que el origen de todas las religiones es la enseñanza arcaica de los primeros tiempos, y que la imperfección humana ha hecho que los credos religiosos sean el instrumento de división, lo que de hecho es el principal elemento de unión; demostró la evolución de los aspectos religiosos, y que el enunciarse en ellos más ó menos explícitamente la Esencia Divina y su unidad con la del hombre, obedece á un proceso evolutivo del espíritu humano mucho más amplio que el que columbró el genio de Darwin; hizo resaltar la idea de que las religiones derivan de las facetas del prisma humano, cuya refracción produce la divergencia de los colores, pero que se restituía la pristina brillantez del rayo único, si se les oponían un prisma rectificador, siendo éste la Teosofía; no por esto pide la fe ciega, sino que solicita la adhesión con conocimiento de causa.

Desenvolvió la influencia que la Teosófía ejerce sobre la filosofía, sin cuyo concurso siempre seguirá siendo pasatiempo especulativo, sin utili-

dad práctica, y en este punto coordina con precisión lógica y atinadísimas metáforas la verdadera filosofía con la idea primordial de la fraternidad humana, que no implica la *Egalité*, inscripta en tantos frontispicios, pues los múltiples elementos de la raza humana son tan desigualmente desenvueltos en sus posibilidades corporales mentales y espirituales, cual lo son los diversos miembros de una numerosa familia.

Por último, expuso que la Teosofía conduce á la ciencia por derroteros aún inexplorados por la mayoría de sus representantes, y en los que á trueque del telescopio, microscopio, espectroscopio, etc., preconiza medios poderosos que permiten atravesar las partes etéreas de la naturaleza, y que gradualmente permiten desenvolver la conciencia en planos y mundos suprafísicos cada vez más elevados.

Termina su alocución en grandiosa y admirable síntesis, al manifestar que «para la práctica del triple ideal del amor, la sabiduría y el poder, la Teosofía hace surgir al dios que se oculta en el hombre, y desarraiga el mal: ella es la amiga predilecta de la Humanidad, el guía de la ciencia, la luz de la filosofía, el alma de las religiones, el sol del Espíritu:»

«¡Que los hombres de buena voluntad acojan la Teosofía, aspecto de la Sabiduría Divina, cual germen inestimable y joya preciosa que ella arroja á las almas!»

«Los que estén dispuestos vendrán hoy mismo. Los demás, les esperaremos; vendrán mañana».

La brevedad del espacio nos ha impedido copiar párrafos enteros de este discurso, y que se agrandarán los límites de este bosquejo somero, referente al acontecimiento teosófico que ha tenido por escenario la vecina República.



REVISTA DE LA PRENSA

The Theosophical Review. — Su número 126, correspondiente á Febrero, no desmerece en nada de los últimamente publicados, conteniendo también un sumario escogido. Lead, beater continúa «El Credo Cristiano»; Mead sigue con sus estudios sobre los gnósticos, ocupándose de Tolomeo Heracleon; Mrs. C. Oakley publica sus indagaciones sobre «El Conde Saint Germain»; A. Besant «Sobre la Oración», y otros trabajos de Ward, Haig-Mackenzie, etc.

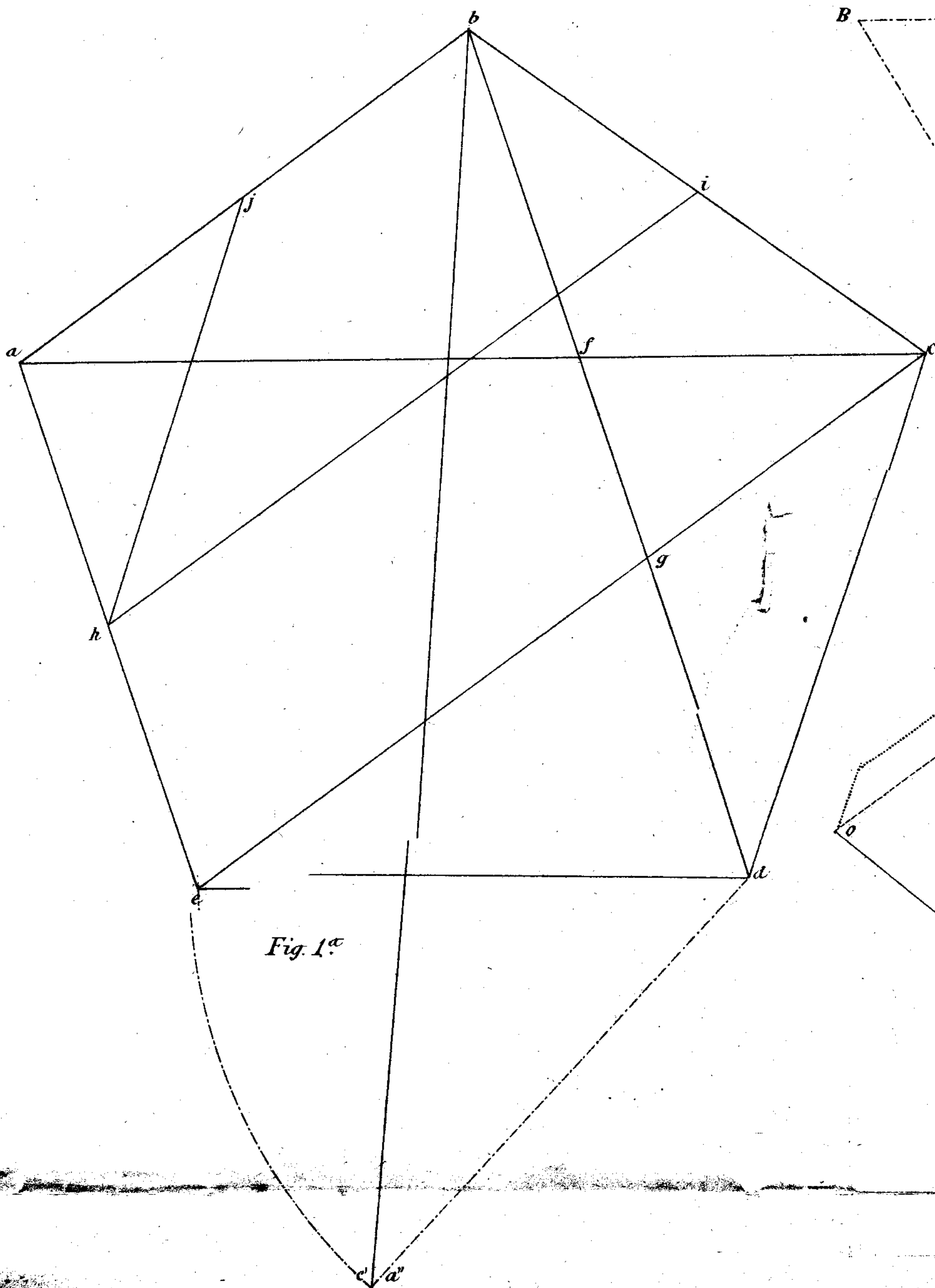


Fig. 1.a

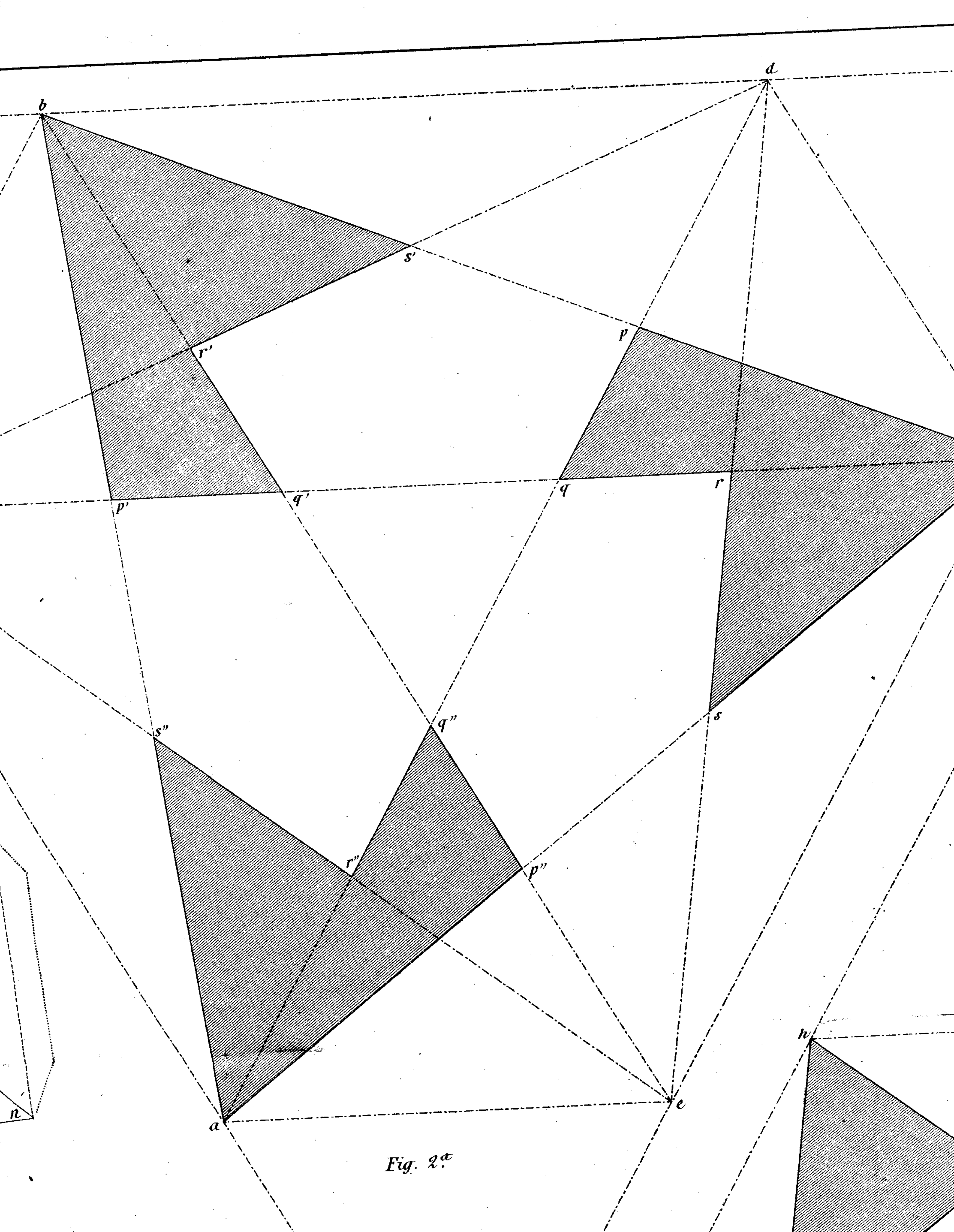


Fig. 2.ª

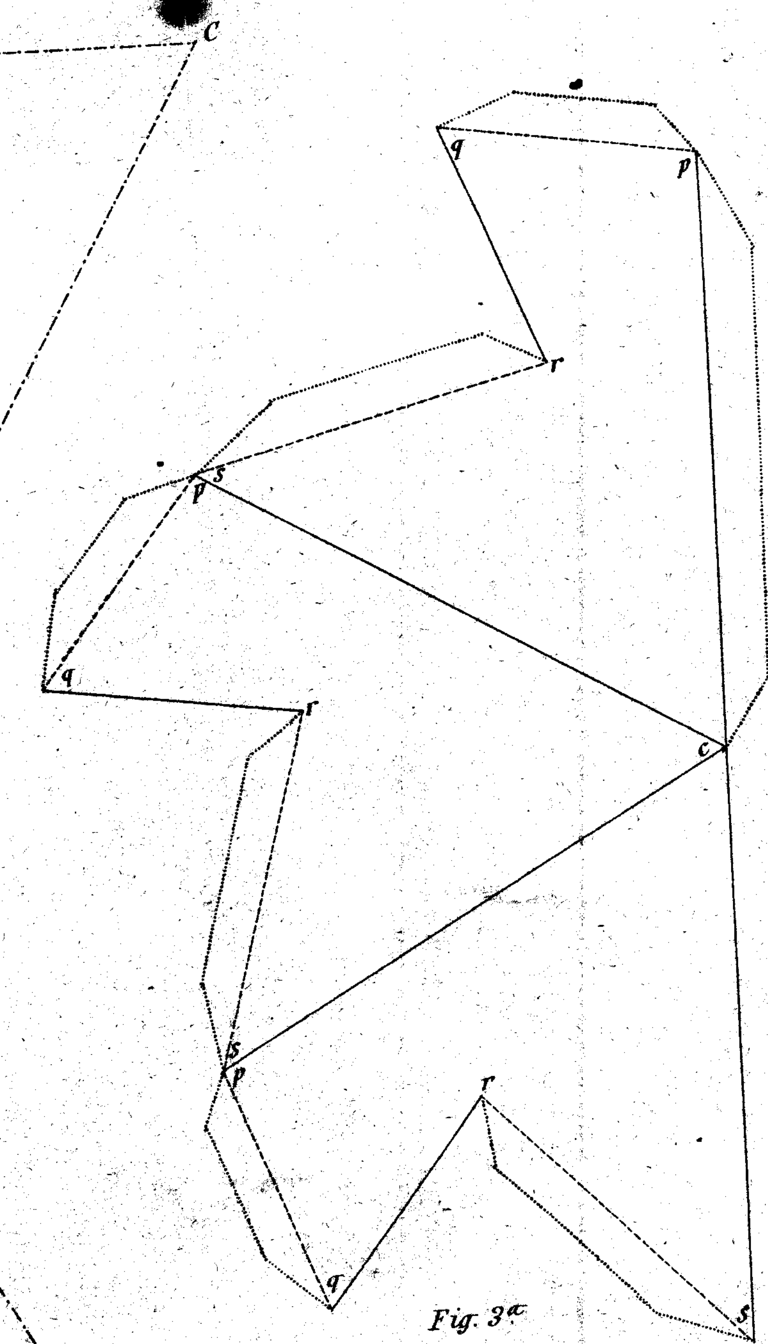


Fig. 3^a

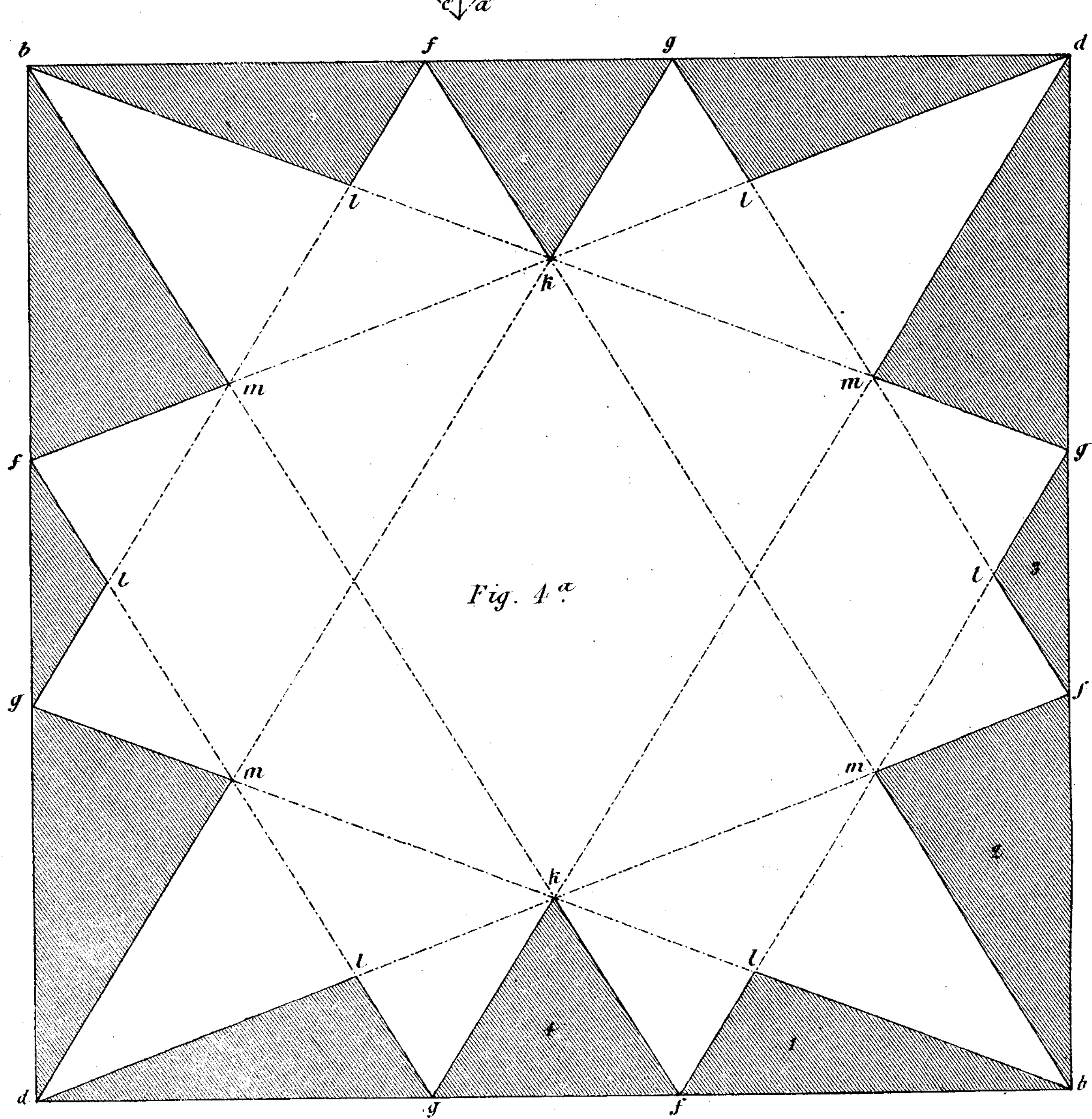
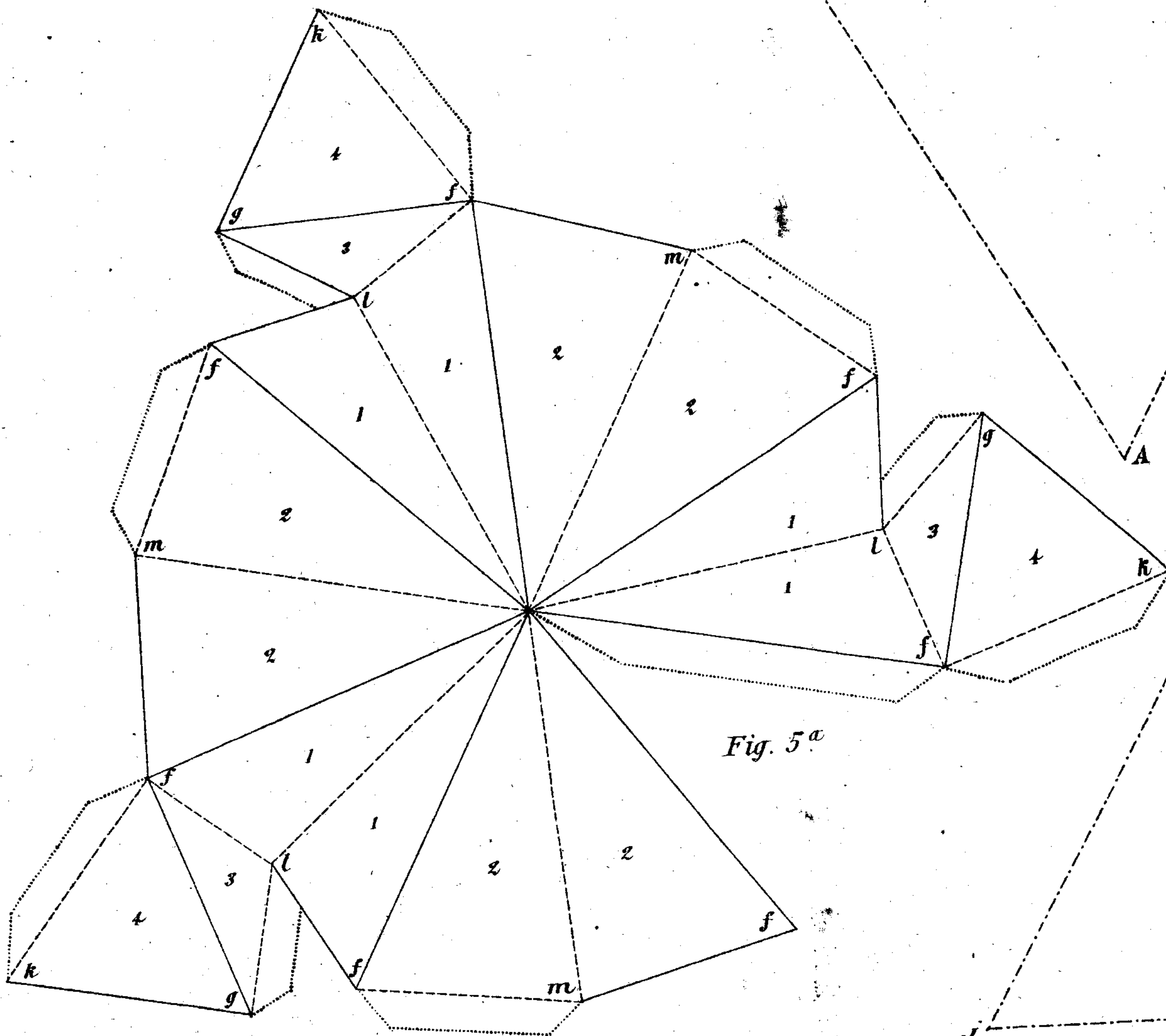


Fig. 4.ª


Fig. 2.
k
4
f
g
3
l
m
1
2
f
1
2
f
2
m
g
1
3
l
4
k
1
2
f
Fig. 5.a
f
1
l
3
1
2
2
4
k
g
f
m
f
A

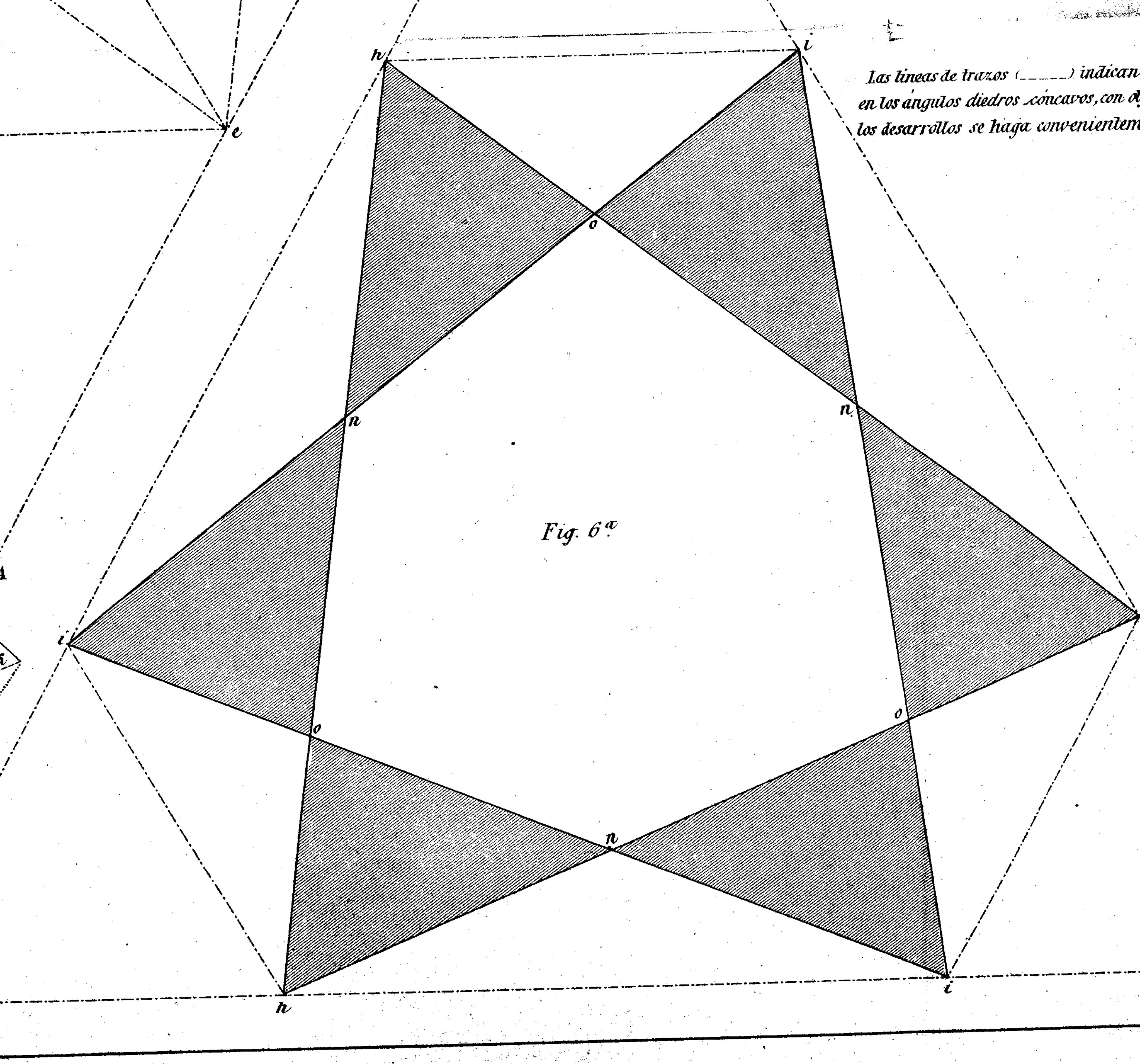

Las líneas de trazos (______) indican
en los ángulos diedros cóncavos, con o
los desarrollos se haga convenientem
h
i
e
o
n
n
A
i
o
o
n
h
i
Fig. 6.ª

Fig. 7.ª





Un ejemplo visible y palpable de cómo el procedimiento de copulación engendra nuevas formas hijos en que aparecen caracteres geométricos nuevos, además de conservarse los de las formas padres, y de cómo las nuevas formas hijos son formas unas, dobles y trinas al mismo tiempo, como las formas padres que las engendran.

A

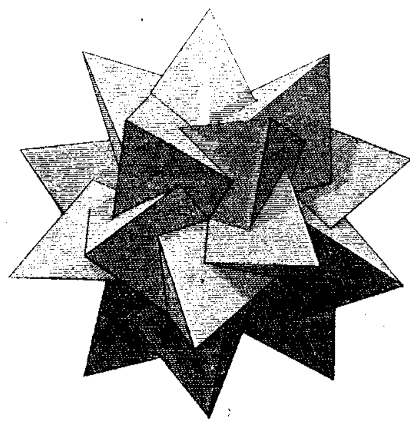
Pentatetraedro sinistrorsum, cuyos vértices exteriores forman un dodecaedro, y cuyos vértices interiores forman un icosaedro.

A B

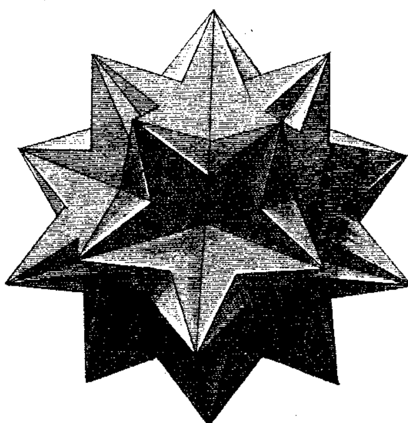
La santa década de los pitagóricos, doble pentatetraedro obtenido por la copulación de las figuras *A* y *B*.

B

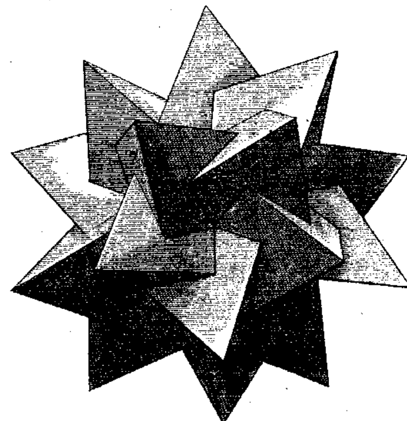
Pentatetraedro dextrorsum cuyos vértices exteriores forman un dodecaedro, y cuyos vértices interiores forman un icosaedro.



Forma padre.



Forma hijo.



Forma madre.

Copulando las formas *A* y *B* de modo que coincidan sus centros ó almas y se coloquen sus aristas *en cruz* cortándose dos á dos perpendicularmente en sus puntos medios, resulta que coinciden sus vértices exteriores y aparece el mismo dodecaedro; coinciden sus vértices interiores, y aparece el mismo icosaedro; y los 20 planos de la figura *A* coinciden con los 20 planos de la figura *B;* y sin embargo, de estas tres coincidencias surge una figura completamente nueva, que es en lo que consiste el secreto de la evolución, figura ó forma hijo que ostenta todos los caracteres geométricos de su padre, todos los de su madre, y además, *otros nuevos* exclusivamente suyos.

Por esto las especies varían y aparecen especies nuevas; porque en la serie matemática de las formas, que principia en el tetraedro regular y concluye en el hombre, por ahora, cada término es resultado de combinaciones regulares de los términos anteriores, y en él aparecen cosas nuevas que estaban potencialmente contenidas ú ocultas en éstos. Por esto cada feto reproduce toda la serie matemática de los términos precedentes, y en esto me fundo para afirmar que los primeros fenómenos de la embriogenia que jamás sorprenderá el microscopio de nuestro tiempo, son estas combinaciones regulares del tetraedro regular que yo aquí señalo como ejemplo, y que indudablemente conocían los pitagóricos.

La forma *A B* es una combinación única, es un *uno*, una unidad; es también una forma doble, porque es *A* y es *B* al mismo tiempo que es lo que quería significar Platón, al decir que en la figura humana hay un hombre y una mujer enlazados; es, por último, una forma trina además de forma doble y forma una, porque en dicha figura coexisten hipostáticamente combinadas tres formas juntas y separadas: la forma *A*, la forma *B*, y la forma *A B* distinta de ambas.

Obstínanse los teólogos en querer explicar los misterios trinitarios con sutilezas alambicadas y obscuro fárrago de incomprensibles conceptos, cuando tienen en estos ejemplos geométricos demostraciones visibles y palpables con escaso esfuerzo de reflexión, aún para las inteligencias más rudas.

El betatetraedro es otro ejemplo de la trinidad y unidad de las formas, porque por sus vértices exteriores es cubo, por sus vértices interiores es octaedro, y es ambas cosas á la vez.

El pentatetraedro y la década son cada uno de por sí ejemplo de formas trinas y unas, porque son dodecaedros, son icosaedros y son ambas cosas á la vez.

NOTA. Las plantillas para construir de relieve las formas *A*, *B* y *A B*, pueden verse en el número de SOPHÍA correspondiente al mes de Marzo de 1898.

Le Lotus Bleu. — Publica una interesante información de la visita de Mrs. A. Besant á Francia en Diciembre último, continuando la publicación de «La Doctrina Secreta», y otros interesantes trabajos de Leadbater, Largeris, Courmes, etc., y uno originalísimo titulado «El Arte y el Hombre», debido á la pluma de Mr. Blanvillain.

Teosofía. — El nuevo colega italiano publica en su núm. 2: «Individualidad y personalidad», por Gualtiero Aureli; «Corroboración científica de la Teosofía de A. Marqués», por Olga Giaccone; «El Espiritismo á la luz de la Teosofía», por la Condesa de Wachtmeister; «Movimiento Teosófico y Noticias».

Mercury. — Como siempre llena sus columnas con interesantes trabajos algunos de los cuales son conocidos de nuestros lectores. El más importante en este número es una carta de H. P. B.

L'Idée théosophique. — Es un nuevo órgano de la Sociedad, que empieza á publicarse en Bruselas. La suscripción es 1 franco 25 céntimos, cuyo coste tan reducido hará que tenga muchos lectores. Deseamos muy próspera y larga vida al nuevo colega.

Theosophia. — Amsterdam publica «La posición de la Sociedad Teosófica», «Los tres sietes», «Atlantes», «A. Besant en Holanda», etc., etc.

The Arya Bala Bodhini también contiene trabajos interesantes. — *La Ciencia del Siglo XX* sigue publicando trabajos originales y de gran interés. — *El Jesuita Blanco*, otro nuevo colega de Barcelona, al que deseamos larga vida, lo mismo que á *Lumen*, que vuelve á aparecer después de un largo período de suspensión. Son dignos de leerse los trabajos insertos en *Sbornik pro filosofii*, de Praha; *Constancia*, de Buenos Aires; *The New Century, O fim de Seculo, Religione è Patria, La Vie d'Outre-Tombe, L'Humanité Integrale, Il Vessillo Spiritista, Nova Lux, Revista Espiritista de la Habana, The Pacific Theosophist, Moniteur, La Unión Espiritista, El Grano de Arena, La Lumière* y *Revista Spirita.*

También recibimos *O Philatelista do Occidente, Journal de Chinique et de Thérapeutique infantiles*; *La Escuela Práctica*; *El Profesorado*; *Jornal Saloio; Constancia; El Porvenir*; *O Occidente dos Acores; Aurora do Cavado; El Trabajo Nacional; La Provincia*; *La Opinión Aetigitana; El Motín; Asoción Rural del Uruguay*; *La Tempestad; La Antorcha Valentina; La Luce*; *La Unión Republicana; El Correo Católico; La Voz de Sitges*; *El Francolí*; *El Aviso; El Mortero; El Socialista; A Luz; El Africa*; *El Adalid Martinense*; *El Auxiliar; El Eco de Guadalope*; *El Sociolismo; Revista de primera enseñanza; La Campana del Mattino; El Magisterio Leonés*; *Boletín Musical*; *La Tracción Ferroviaria Ilustrada; Las Dominicales; La Aurora Social; Archivas de Ginecopatía; Lo Judicial y lo Justiciable; Revista del Ateneo Obrero; Vitalidade,* y el diario de Lisboa *O Globo*, con quien gustosos dejamos establecido el cambio.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.